

otras insensateces da respuesta Castelao en un discurso que transcribe en parte el libro y que constituye un encendido alegato en favor del idioma gallego y por elevación de la causa autonomista.

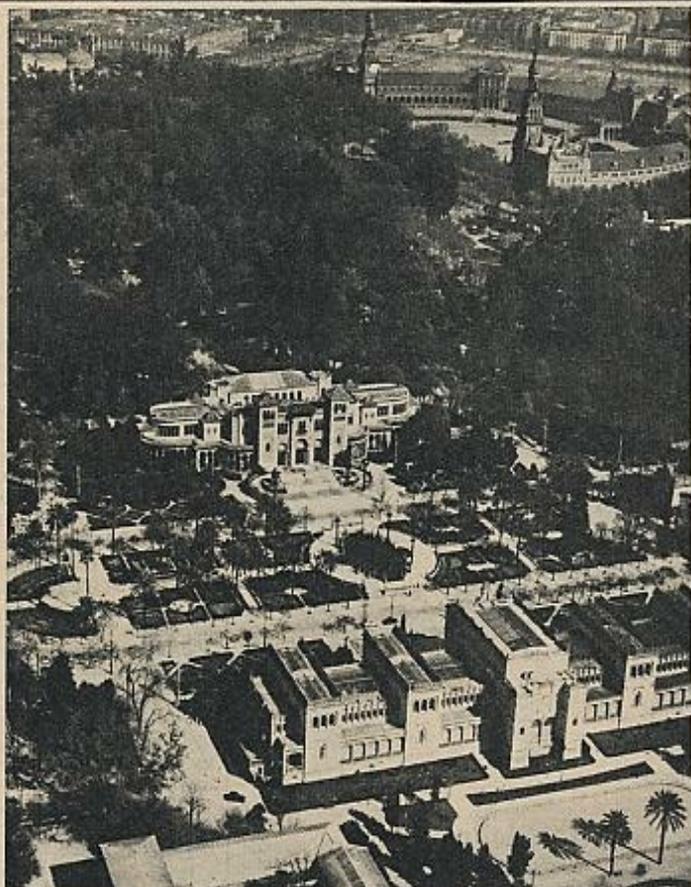
Después de consignar la intensa labor durante el «bienio negro», de Galeuzca (pacto catalán, vasco y gallego), y las interesantes discusiones sobre la Ley de Reforma Agraria, que no toma en cuenta las diferencias gallegas en ese campo, continúa el estudio con los proyectos del Estatuto gallego y el plebiscito («una de las campañas políticas más importantes de la vida gallega de este siglo») y su masiva votación. El 17 de julio del 36, horas antes del Alzamiento, Azaña recibe de manos de Castelao y otros representantes gallegos, el Estatuto plebiscitado, y responde a las palabras de Castelao diciendo: «Tengo fe en el resultado de las autonomías regionales y cada vez estoy más convencido de que las regiones autónomas serán los mejores baluartes de la democracia republicana».

El libro termina con el texto completo del Estatuto Gallego y un apéndice documental de gran interés.

Debemos agradecer a Zubillaga esta interesante aportación de investigación histórica, susceptible de ser ampliada, como él mismo indica y se propone hacer, y de ser metódicamente analizada. Porque se trata de una historia que los gallegos, sobre todo los más jóvenes, no deben desconocer. ■ **MARIA XOSE QUEIZAN.**

## Vida y obra de Aníbal González

Al cabo de casi medio siglo de su muerte, Aníbal González (1876-1929) sigue siendo el arqui-



Sevilla: Parque de María Luisa, sede de la Exposición Iberoamericana de 1929. En primer término, la Plaza de América, con el Palacio de Bellas Artes (hoy Museo Arqueológico), el Pabellón Mudéjar y, a la derecha, el Pabellón Real, edificados, respectivamente, en 1919, 1919 y 1916. Al fondo, a la derecha, puede verse la Plaza de España. Inmediatamente después de la arboleda del parque (ángulo superior izquierdo de la foto) aparece la cúpula del Casino y Teatro de la Exposición, obra del valenciano Vicente Traver, sustituto de González en la dirección de las obras.

tecto más popular de Sevilla. El hecho de que Aníbal González fuera el arquitecto de la Exposición Iberoamericana de 1929 (con todo lo que ésta significó para la ciudad), explica esa popularidad, extraña en una profesión cuya relación con ruedos y estadios éstos empiezan a utilizarse.

La popularidad y la importancia del arquitecto sevillano justifican el interesante y accesible trabajo que recientemente le ha dedicado su colega y paisano Víctor Pérez Escolano (1)... Porque despachar —como a veces se ha despachado— la figura de González con algún dicho más o menos jocoso sobre los azulejos de Mensaque y el neomudéjarismo del

Pabellón, no deja de ser una tosca simplificación. González es el arquitecto más representativo de la Sevilla contemporánea, y el estudio de su obra y de su vida (cortada prematuramente a los cincuenta y tres años) es muy conveniente para la comprensión de la historia hispalense. Después de todo, el posible fracaso personal de Aníbal González como creador es el reflejo del fracaso y la impotencia de una ciudad regidora en tiempos de media Andalucía y que luego apenas alcanzará a medio regirse: «Aníbal González —escribe Pérez Escolano— no pudo ser muy diferente de lo que fue».

Pérez Escolano analiza en el libro, el medio, la vida y la obra del arquitecto, y añade al final nómina de obras y una muestra gráfica de las más importantes. «Juzguemos —dice— a Aníbal González en sus

auténticas cualidades de arquitecto; comprendamos sus dudas juveniles y su cesión a las instigaciones de políticos, mentores y protectores en la quimera de hacer una "España grande" vuelta atrás culturalmente».

Llega Aníbal González, recién titulado en Madrid (1902), a una Sevilla agraria y feudal, industrialmente canija y con «escasez agobiante de viviendas dignas, un nivel de vida medio bajo en comparación con cualquier ciudad europea de su misma población... Y será, por entonces, un arquitecto modernista un poco al uso barcelonés. Una de sus primeras obras —el desaparecido café París, en La Campana— puede catalogarse entre las muestras sevillanas más características de la tendencia.

Pero el modernismo sevillano muere pronto, al faltarle el apoyo de

una burguesía en desarrollo, como la catalana, que lo sostuviera. Las inclinaciones conservadoras de la oligarquía agraria andaluza, que busca también en el tradicionalismo arquitectónico una sensación de seguridad más ante las amenazas que barrunta en el horizonte, harán triunfar otra arquitectura. Tendrá ésta matiz regionalista, una especie de andalucismo cortijero. Y este andalucismo será exportable, por supuesto, como lo será por entonces el «estilo montañés» de Leonardo Rucabado, que por llegar, llegó incluso a la madrileña plaza de Canalejas (esquina a Carrera de San Jerónimo).

Aníbal González está considerado como el más típico representante de esta llamada arquitectura sevillana. Y ello se debe, por encima de cualquiera otras obras, a las suyas de la Exposición Iberoamericana. La amistad de Aníbal González con su influyente pariente, don Torcuato Luca de Tena (el arquitecto era también Alvarez-Ossorio de segundo apellido), sería decisiva para él y para la famosa Exposición. González ganó el concurso de proyectos en 1911 y fue luego director de obra y autor de las plazas de España y América, con los monumentales edificios que las circundan. Pérez Escolano señala esta perceptible «ansiedad monumental». Y señala asimismo cómo el propio González, al definir el carácter de la Exposición en la Memoria del proyecto, escribió: «El tradicionalismo es el que está aplicado en el proyecto objeto de este trabajo»... Tradicionalismo buscado con elementos «genuinamente locales», «genuinamente españoles», con todo lo que de falso y engañoso tiene a veces eso de «lo genuinamente español» o «genuinamente local»: ¿era «ge-

nuinamente local» el arte mudéjar en la época de Trajano? Por su historicismo, por buscar una inserción en la Historia pasada, acabó por salirse de ella, porque la forma más triste de traicionar a la Historia es tratar de resucitarla...

Y sin embargo, Aníbal González supo calar en la entraña de Sevilla. Casi todo cuanto hizo (e hizo mucho) reveló en general un buen valor de uso. Así, sus casas de vivienda, algunas ya derribadas, víctimas de la especulación. O las mismas plazas de la Exposición, de la que escribe Pérez Escolano: «El respeto por más de diez hectáreas de parque ofrecidas a la ciudad, la inteligente articulación con él de los conjuntos edificados por Aníbal González, consagran la gran visión y el gran cariño con el que nuestro arquitecto trabajó por Sevilla. La plaza de América y la plaza de España son, por sí solas, de una categoría excepcional. Son, sin duda alguna, y no creemos que nadie nos contraija, las dos únicas plazas modernas de Sevilla que viven, que ayudan a vivir a los sevillanos desde hace medio siglo».

Unas palabras finales sobre Víctor Pérez Escolano. Arquitecto, veintinueve años, profesor de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo en la Escuela Superior de Arquitectura de Sevilla. A los veinticinco años fue nombrado director del Museo de Arte Contemporáneo de la ciudad, realizando una notable labor en los tres años que permaneció en el cargo. Forma parte de un grupo profesional de trabajo y del Comité Editorial de la innovadora colección «Documentación y debates», de Alberto Corazón, junto a Fernández Alba, Marchán Fiz, Tarragó y Vidaurte. ■ **VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**